

**Tendencias demográficas
contemporáneas:
baja natalidad, envejecimiento,
migraciones y nuevos vínculos**

*Comunicación de la académica de número Marita Carballo en la
sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y
Políticas el 25 de junio de 2025*

Tendencias demográficas contemporáneas: baja natalidad, envejecimiento, migraciones y nuevos vínculos

Por la académica MARITA CARBALLO

Los cambios demográficos que el mundo ha experimentado en las últimas décadas han transformado radicalmente la estructura y composición de las sociedades contemporáneas. El aumento de la esperanza de vida, la baja en la natalidad y las migraciones han reconfigurado el panorama poblacional a nivel global. Estos procesos, que en gran parte responden a la transición demográfica, han generado nuevas realidades sociales, económicas y políticas, con implicaciones directas en el futuro de los países, especialmente en los desarrollados. En este contexto, el envejecimiento poblacional y la caída de las tasas de natalidad son dos de los

fenómenos más críticos que requieren una atención inmediata y sostenida.

Envejecimiento poblacional

El envejecimiento poblacional es uno de los efectos más visibles y desafiantes de la transición demográfica. Implica un aumento sostenido en la proporción de personas mayores respecto del total de la población y afecta tanto a países desarrollados como en desarrollo, aunque con ritmos y características diferentes. Según, CEPAL (2023) los países de América Latina y el Caribe están atravesando un período único en la historia llamado “transición demográfica”, dado que sus niveles de fecundidad y mortalidad se están reduciendo drásticamente y alteran la estructura etaria de la población, con fuertes implicancias económicas, sociales, políticas y culturales.

Si tanto la natalidad como la mortalidad son bajas, la proporción de personas mayores comienza a aumentar considerablemente, con menor cantidad de población económicamente activa. Este fenómeno es particularmente notorio en los países desarrollados, donde este fenómeno comenzó antes y se encuentra hoy en una etapa avanzada: por ejemplo, Japón, Italia y Alemania ya superan el 25% de la población mayor de 65 años.

América Latina y el Caribe se ha caracterizado por una rápida transición demográfica, que hizo que pasara de altos niveles

de mortalidad y fecundidad en los años cincuenta a bajos niveles en ambas variables demográficas en la actualidad. La proporción de niños va en rápido descenso, a la vez que aumenta de manera sostenida la de las personas mayores. Esto tiene fuertes consecuencias sociales y económicas debido a una sociedad que se avejenta cada vez más, pero con personas mayores que, a su vez, viven más años y con un estilo de vida más activo.

Este envejecimiento tiene múltiples dimensiones. Desde lo económico, implica una presión creciente sobre los sistemas de salud, jubilaciones y cuidados de largo plazo. Desde lo social, transforma las relaciones familiares, modifica el tiempo de vida compartido entre generaciones y plantea una reorganización del cuidado. Desde lo cultural, desafía estereotipos sobre la vejez y propone nuevas formas de participación social y autonomía en las últimas etapas de la vida.

Para mencionar solo algunas de sus implicancias concretas observamos que, en cuanto a la salud, se incrementa la demanda de atención médica crónica, tratamientos prolongados y servicios geriátricos. Se necesita fortalecer la atención primaria, garantizar la cobertura de enfermedades neurodegenerativas y ampliar la formación de profesionales especializados en geriatría.

En educación, aunque suele asociarse a poblaciones jóvenes, se abre el debate sobre la educación a lo largo de toda la

vida. La población mayor demanda hoy espacios de formación continua, actividades culturales y participación social.

En cuanto a las jubilaciones y pensiones, la sostenibilidad de los sistemas previsionales está en jaque. Menos trabajadores activos deberán sostener a más jubilados. Se plantean discusiones sobre la edad de retiro, los aportes necesarios y el rol del Estado en garantizar la dignidad en la vejez.

Además, la feminización del envejecimiento es clave: las mujeres viven más que los hombres y constituyen la mayoría entre los mayores de 75 años. Son también quienes asumen mayormente las tareas de cuidado, lo que plantea un desafío adicional en términos de equidad de género y organización social del cuidado.

Caída de la natalidad

El fenómeno de la baja natalidad es uno de los más importantes y complejos en el estudio de la dinámica demográfica contemporánea. La notable reducción en el número de nacimientos observada en la mayoría de los países desarrollados y en varios en vías de desarrollo ha generado debates sobre sus causas, implicancias y soluciones. Desde una perspectiva histórica, este descenso es un fenómeno relativamente reciente que ha adquirido fuerza en las últimas décadas. Se ha reconfigurado la vida familiar y el papel de las políticas públicas en la promoción de la natalidad. Pero además se han evidenciado cambios significativos en los

valores y las expectativas de las mujeres respecto a la maternidad que reclaman una mirada mucho más profunda en torno a los roles de género dentro y fuera del hogar y las nuevas significaciones asociadas a la idea de ser o no madres.

A lo largo del siglo XX, el desarrollo económico, la urbanización, los avances en la educación, la salud pública y la incorporación de las mujeres al mercado laboral generó un cambio en las prioridades de muchas mujeres. Por otro lado, el acceso a métodos anticonceptivos contribuyó a que las mujeres y las familias pudiera controlar con más precisión el número de hijos que querían tener y así muchas empezaron a postergar la maternidad o, en algunos casos, a renunciar por completo a tener hijos. Este fenómeno se observa de manera aguda en los países desarrollados, pero también ha comenzado a manifestarse en muchas economías en desarrollo, generando preocupaciones respecto al reemplazo generacional, el envejecimiento poblacional y sus implicancias sociales y económicas

Según datos del Banco Mundial (2022), los niveles de fecundidad globales han disminuido drásticamente, pasando de un promedio de 5 hijos por mujer en 1960 a aproximadamente 2,3 en 2020. La creciente urbanización y la preferencia por un estilo de vida más individualista han hecho que las familias sean más pequeñas. Pero no se trata sólo de una disminución en la cantidad de hijos que tienen las mujeres, sino también de un cambio más

profundo, vinculado al deseo de ser o no madres y de cuándo serlo, que ancla en transformaciones en los valores y mandatos sociales que también se fueron modificando con el correr del tiempo: la reproducción deja de ser vista como una obligación social.

Un indicador clave para comprender las tendencias demográficas contemporáneas es la tasa de fecundidad: refleja el número de nacimientos que se producen en un año por cada 1.000 mujeres de entre 15 y 49 años. Tomando como referencia las tasas de fecundidad registradas en el año 2022 por el Banco Mundial en las diferentes regiones, se observa que sólo en África (4,5), Oriente Medio (2,6) y Asia meridional (2,2) la cantidad de hijos promedio por mujer superan el umbral de reemplazo generacional de 2,1 hijos por mujer (o sea, el mínimo para garantizar el reemplazo de las generaciones y para evitar un descenso de población). América Latina y el Caribe está en el límite con 1,8 hijos por mujer cuando en 1960 el promedio era de 5,8; Europa y Asia Central 1,7; América del Norte 1,6 y Asia oriental y el Pacífico 1,5.

El caso argentino

En Argentina, también, tiene lugar la transición demográfica debido a la disminución de la tasa de fecundidad y el envejecimiento poblacional.

Argentina cuenta con una de las poblaciones envejecidas más numerosas de América Latina y el Caribe; lo cual trae

aparejado un aumento en la demanda de cuidados de largo plazo para las personas mayores, en particular aquellas que requieren ayuda en las actividades de la vida cotidiana.

En estudios económicos y sociales, la población suele dividirse en tres grandes grupos etarios, de manera tal que permita clasificarlos según su pertenencia, o no al grupo de personas en edades potencialmente activa. Estos grupos son: 0 a 14 años; 15 a 64 años; y 65 años y más. El grupo de 15 a 64 años se considera en edad potencialmente activa (en edad de trabajar) y los de 0 a 14 y 65 años y más, potencialmente inactiva.

Interesa destacar la importante caída en el número de niños de 0 a 14 años mientras en 1960 representaban el 31% de la población argentina, en 2001 el 28 % y hoy son el 22%. En cuanto a los mayores de 65 años se duplicaron pasando de 6 % en 1960 a 12% según el último Censo de 2022.

Se estima que hacia 2030 esta “ventana demográfica de oportunidad” que aún tenemos se reducirá, y Argentina perderá el llamado “bono demográfico”, ya que la proporción de personas mayores dependientes superará cada vez más a la de personas en edad laboral.

En nuestro país, la esperanza de vida al nacer pasó de ser alrededor de 60 años en 1950 a más de 73 años a partir de los 2000, llegando a superar los 77 años en 2019. En la actualidad es de 74

años para los hombres y 79 para las mujeres. Esto se debe principalmente a los avances de la medicina moderna y la tecnología sanitaria que permiten el tratamiento de enfermedades que antes no podían ser tratadas.

Menos mujeres argentinas tienen hijos y las familias se achican

En el año 2022 nuestro país registró un 57,5% de mujeres en edad fértil con hijos nacidos vivos, con un promedio de 1,4 hijos cada una. Y hubo un descenso importante y sostenido desde 2001 en cuanto a la cantidad de hijos por mujer de 1,7 entonces a 1,4 en 2022. La Ciudad Autónoma de Buenos Aires informó en 2022 el promedio más bajo, con 0,9 hijos por mujer. Por el contrario, Santiago del Estero, Misiones y Formosa consignaron 1,7 hijos por mujer, siendo las más altas. A partir del año 2016 comienza a evidenciarse un claro declive en la cantidad de nacimientos, que se profundiza con la pandemia. Mientras que en 2016 se registraron 728.035 nacimientos, seis años más tarde esa cifra descendió drásticamente a 495.295. O sea que cayó un 32%.

La caída en la natalidad y las variaciones en la tasa de fecundidad en Argentina no pueden explicarse por un único factor, sino que son resultado de diversos cambios en las conductas familiares y personales de la población que, como hemos visto, son parte de un proceso social global que excede las fronteras nacionales.

El informe Odisea demográfica que analiza en Argentina: indica que “La fuerte caída de la fecundidad y, especialmente, de la fecundidad adolescente durante el último quinquenio es la principal novedad en cuanto a las tendencias demográficas de mediano y largo plazo en Argentina”.

En este sentido, si bien es cierto que hay menos nacimientos porque las mujeres adultas optan por no maternar, porque postergan su maternidad, o porque tienen menos cantidad de hijos, también, es importante mencionar que una de las cifras que más cayó en los últimos años fue la tasa de fecundidad adolescente. “Entre 2014 y 2020, la tasa global de fecundidad bajó un 34%, el descenso más pronunciado desde que existen registros anuales de esta variable. La tendencia a la baja fue aún más acelerada (-55%) en las niñas y adolescentes menores de 20 años, dato no menor puesto que los embarazos en edades tempranas son, en su mayoría, no intencionales”.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los embarazos en edades tempranas son no intencionales, las mujeres adolescentes suelen verse limitadas en sus oportunidades educativas y laborales, de modo que la disminución en la tasa de fecundidad adolescente favorecería su perspectiva de desarrollo a futuro, su capacidad de autonomía económica y profesional.

Argentina, ha experimentado una caída sostenida en las tasas de fecundidad, debido a que hay cada vez menos mujeres en

edad fértil que se convierten en madres, o bien optan por postergar la maternidad, lo cual ha tenido un impacto directo en la estructura demográfica. La postergación de la maternidad trae aparejada, en general, una menor cantidad de hijos debido a la disminución natural de la fertilidad por la edad, pese a los avances en la tecnología reproductiva, para la que todavía existen limitaciones biológicas. Pero aun cuando no se posterga la maternidad la cantidad de hijos tiende a disminuir, porque las expectativas y elecciones familiares han cambiado. Lo que subyace es el cambio cultural y social profundo en lo refiere a la maternidad, los hijos, la familia y el rol de la mujer

Un estudio internacional de Voices! y WIN en 2022, realizado en 39 países, exploró la maternidad y el deseo de matrnar. Los resultados muestran que un 18% de las mujeres adultas encuestadas a nivel global no tiene hijos y no planea tenerlos. En Argentina, el porcentaje es similar al promedio global: el 16% de las mujeres adultas encuestadas no es madre y no planea serlo.

Al segmentar, no se observan diferencias por género: al igual que las mujeres, el 18% de los hombres adultos encuestados no tiene hijos ni planea tenerlos más adelante. Al analizar los resultados globales por edad, se observa que el porcentaje de mujeres que no son madres y que descartan la maternidad en sus planes futuros crece más de diez puntos en las jóvenes de 18 a 24

años a nivel global alcanzando un 30%. En Argentina, esta cifra es aún más pronunciada y representando a 4 de cada 10 mujeres jóvenes que no muestran intención futura de maternar.

Los datos muestran que entre los países medidos donde las mujeres menos desean maternar encontramos a Malasia, Hong Kong, Finlandia y Japón (entre 3 y 4 de cada 10 así lo señalan). Entre quienes si lo desean se encuentran Filipinas, Nigeria, Costa de Marfil, Vietnam y Kenia. Si analizamos por región son mayormente los países africanos quienes más desean tener hijos.

Una encuesta de UADE-Voces! realizada en Argentina en 2021 a 1.306 personas de 16 años y más reveló que 'tener hijos' ocupa el quinto lugar entre los factores mencionados como importantes para alcanzar una vida plena. Para el 35% de los encuestados, tener hijos es esencial e incluso un 23% afirma que no es importante. Aún más lejos están tener una relación de amor comprometida (28%) o estar casado/a (13%).

En cambio, el 92% considera esencial tener salud, un 72% trabajo que le guste, el 55% la posibilidad de estudiar y tener un título y el 40% valora más tener tiempo libre y viajar. Como señalamos le sigue en quinto lugar tener hijos con un 35% y luego un 28% que señala la necesidad de tener una relación de amor comprometida y solo un 13% estar casado.

El cambio en el paradigma y en los valores socioculturales también se ve reflejado en que el hecho de tener hijos fue valorado como aspecto esencial en mayor proporción a medida que se avanza en edad (27% de quienes tienen de 16 a 29 años vs el 44% de quienes tienen 65 años o más)

En el mismo relevamiento se preguntó a quienes no planifican tener hijos en el futuro cuáles considera que son las principales razones por las cuales no planea tenerlos. Cuatro de cada diez respondieron que se debe a la falta de capacidad económica para mantenerlo. Pese a lo anterior, aquellos de menor nivel socioeconómico son quienes mencionan en mayor medida que tener hijos es esencial para vivir una vida plena (43% en los niveles bajos o medio bajos vs el 30% de quienes pertenecen a los niveles medios y altos). De forma similar, el 40% de quienes tienen nivel educativo primario considera esencial tener hijos, frente al 27% con nivel superior.

Un 41% respondió directamente que no quiere tener hijos y un 33% prioriza su carrera profesional/laboral, un 28% prefiere enfocarse en su propia vida, un 20% no se considera preparado para ser madre o padre y un 14% manifiesta que no le gustan los niños,

Un reciente estudio del Latinobarometro 2024 indaga acerca de los objetivos de vida de los jóvenes de 16 a 30 años y los datos en nuestro país reafirman que tener hijos no parece estar

dentro de sus prioridades. En primer lugar, señalan como objetivo alcanzar el éxito económico (78%), tener una profesión (43%), un 28% aspira a no tener ataduras, un 22% tener pareja, solo un 15% tener hijos.

Uno de los factores clave que explica la postergación de la maternidad o la decisión de no tener hijos es el aumento en el acceso a la educación y la participación de las mujeres en el mercado laboral. En las últimas décadas, más mujeres han accedido a la educación superior y han retrasado la maternidad en favor de su desarrollo personal y profesional. La posibilidad de construir una carrera profesional estable y económicamente independiente ha hecho que la maternidad no sea vista como una prioridad, sino como una opción que se puede posponer. Este fenómeno no solo es visible en Argentina, sino que es una tendencia global. En países con altos niveles de desarrollo, las mujeres que postergan la maternidad suelen tener una mayor participación en el mercado laboral, lo que se traduce en menores tasas de natalidad. Pero las mujeres que participan activamente en el mercado laboral enfrentan serios obstáculos para conciliar su carrera profesional con la maternidad. Las políticas de conciliación laboral y familiar en Argentina son limitadas, y la falta de guarderías accesibles y de horarios de trabajo flexibles dificulta que las mujeres puedan combinar ambos roles. Esto hace que muchas mujeres opten por postergar la maternidad o incluso

decidir no tener hijos, ya que ven comprometidas sus posibilidades de desarrollo profesional al convertirse en madres. También vemos como la inmensa mayoría de las mujeres que trabajan sostienen que combinar maternidad y trabajo es difícil”.

Por otro lado, las dificultades económicas también juegan un papel central en la baja natalidad. En contextos de incertidumbre económica, muchas mujeres y parejas deciden postergar o renunciar a tener hijos debido a los altos costos asociados a la crianza, la educación y la vivienda. tener hijos implica un esfuerzo económico considerable, lo que desincentiva la decisión de formar una familia grande. Hay jóvenes que no necesariamente carecen del deseo de tener hijos, sino que se les presenta como imposible.

Otro de los desafíos relevantes es el financiamiento intergeneracional. Con menos personas jóvenes y, por lo tanto, menos contribuyentes, se genera una presión sobre los recursos necesarios para sostener los sistemas de educación, salud y pensiones en una población cada vez más envejecida. Esta situación va a exigir planificación a mediano y largo plazo y una reorientación en el financiamiento público para que sea posible satisfacer las necesidades de una sociedad con menos jóvenes y más adultos mayores.

Nuevos afectos y vínculos: el rol creciente de las mascotas

En el marco de las transformaciones culturales y demográficas contemporáneas, resulta relevante considerar el lugar cada vez más central que ocupan las mascotas en los hogares argentinos, especialmente en contextos de baja natalidad y cambios en la estructura familiar tradicional.

Diversos estudios recientes sugieren que los vínculos afectivos con mascotas están cobrando características similares a las relaciones familiares humanas. Según datos del estudio de *Voices!* (2023), el 79% de los argentinos tiene al menos una mascota en su hogar. De ellos, el 80% declara sentir que su mascota es “como un hijo”, una afirmación particularmente frecuente entre mujeres, los jóvenes, y quienes decidieron no tener o no tener más hijos humanos.

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde la tasa de fecundidad es la más baja del país (0,9 hijos por mujer), ya hay más mascotas que niños. De acuerdo con el censo de 2022, en la Ciudad de Buenos Aires, hay actualmente más perros y gatos que niños menores de 14 años. Y si consideramos solo los menores de 5 años, hay 3 perros y 2 gatos por cada niño de esa edad.

Este dato no solo refleja una tendencia demográfica, sino también un cambio profundo en la manera de construir afectos, vínculos y formas de cuidado. Las mascotas son percibidas cada vez más como integrantes plenos del grupo familiar: se las incluye en actividades cotidianas, se las menciona en redes sociales y se organiza la vida doméstica en función de su presencia.

Este fenómeno no implica necesariamente un reemplazo consciente de la maternidad por el cuidado de mascotas, pero sí puede interpretarse como una manifestación de nuevas formas de vínculo emocional y de organización afectiva. Para muchas personas, las mascotas ofrecen compañía, contención y sentido de responsabilidad, sin las exigencias económicas, legales o biológicas asociadas a la crianza de hijos humanos.

La hipótesis de que el aumento en la tenencia, de mascotas está relacionado con la baja natalidad y el cambio en los modelos familiares no implica causalidad directa, pero abre una línea de análisis relevante. La familia contemporánea ya no responde a un único modelo. En este nuevo escenario, los vínculos se diversifican, y las mascotas forman parte significativa de la red afectiva de millones de personas.

En países como Japón o Estados Unidos, donde la natalidad también es baja, se observa una tendencia similar: hogares

pequeños, postergación de la maternidad y fuerte vínculo emocional con animales domésticos. Estudios internacionales (como el de Pew Research Center, 2021) indican que la adopción de mascotas ha crecido más rápido en grupos etarios jóvenes, solteros y sin hijos, lo que refuerza esta posible asociación entre dinámicas demográficas y nuevas formas de socialización.

En definitiva, considerar el lugar creciente que ocupan las mascotas en el esquema emocional y familiar de la sociedad contemporánea resulta fundamental para entender las múltiples dimensiones del cambio poblacional. No se trata solo de cuántos hijos nacen, sino también de cómo las personas eligen construir sus vínculos y organizar sus afectos en el mundo actual.

Migración y emigración

Con respecto a las migraciones, en el caso de la Argentina según el censo del 2022 el 4,2% de la población son migrantes, son extranjeros y fundamentalmente de países limítrofes. Paraguay, Bolivia, Venezuela, Perú.

Con respecto a la emigración, no hay datos claros. El proceso de emigración se aceleró en la última década con cerca de 1.800.000 que se fueron y se estiman en cerca de 900.000 que lo hicieron antes y sobre todo después de la crisis del 2001. Los argentinos que residen en el exterior lo hacen fundamentalmente

en países desarrollados: países de Europa como España e Italia y también en Estados Unidos, Canadá, Australia.

El perfil de los migrantes es mayormente joven y de alta calificación que buscan estabilidad económica y política. Y esa situación de migración de talento continúa. Esto significa una enorme pérdida de capital social.

Como balance podemos decir que la inmigración ha ayudado a paliar déficits laborales en sectores como la construcción, la agricultura y el empleo doméstico, aportando diversidad cultural, pero la inmigración masiva de profesionales y jóvenes calificados representa una fuga de talento con efectos adversos sobre la innovación y el crecimiento futuro.

Cierre

Los cambios sociales que inciden en las estructuras familiares son relevantes e interpelan a todos: al Estado, a la sociedad y a las empresas. Repensar políticas familiares con base en esta nueva realidad es urgente

No es que Argentina tenga la natalidad más baja, lo destacable es que el derrumbe fue más rápido. Basta mirar la curva: del 2015 en adelante, la natalidad se desploma casi verticalmente, con una breve meseta durante la pandemia. Lo que vemos es mucho más que un dato demográfico; es un cambio de época.

Se trata de un fenómeno multicausal. La crisis económica es, sin duda, un factor de peso. Pero no es solo economía: hay también cambios culturales profundos.

Uno de los más notorios es la transformación del rol de la mujer. Su salida al ámbito público, su creciente autonomía y sus proyectos personales han redefinido tiempos y prioridades en un mundo cada vez más individualista. Hoy la mayoría de las mujeres no son madres entre los 20 y los 25 años, como sucedía hace apenas un par de décadas sino mucho más tarde y aumentan quienes no desean tener hijos

A esto se suma otro fenómeno: el aumento de los hogares unipersonales. En 1991 eran el 13%; hoy, el 25%. Una de cada cuatro viviendas tiene a una sola persona como habitante. Se trata de una tendencia que excede a los adultos mayores y que revela otra realidad: una sociedad que prioriza la individualidad y, muchas veces, evita el compromiso a largo plazo.

Y mientras tanto, crecen otros vínculos. En Ciudad de Buenos Aires ya hay más mascotas que niños. Las mascotas ocupan muchas veces un lugar afectivo clave, especialmente entre adultos mayores. Pero también en jóvenes que buscan vínculos sin las complejidades humanas.

El desafío no es menor. Argentina envejece. Hace no tanto, solo el 2% de la población tenía más de 60 años. Hoy son el 12%.

El país necesita repensar su pirámide poblacional y diseñar políticas de cuidado que ya no solo miren a la niñez, sino también a una vejez.

Estamos atravesando un cambio estructural profundo que nos plantea un desafío crucial. Es imprescindible comprender los procesos en curso y responder con decisiones acordes. Si la elección de no tener hijos se vuelve cada vez más habitual, si la maternidad y la paternidad dejan de ocupar un lugar central en la realización personal y social, entonces no podemos seguir mirando el país como si todo siguiera igual.

En conclusión, la baja de la natalidad en Argentina es un fenómeno complejo que responde tanto a cambios individuales como a transformaciones estructurales a nivel global. Las mujeres, cada vez más empoderadas y con acceso a recursos para tomar decisiones autónomas sobre su salud reproductiva, están redefiniendo la maternidad, convirtiéndola en una opción más que en una obligación. Pero también hay mujeres que tendrían hijos si se dieran condiciones más favorables para hacerlo. Hay países cuyos gobiernos implementaron medidas dirigidas a promover la natalidad tanto de tipo económico (subsidios por hijo nacido, desgravaciones fiscales, entre otros) como políticas de conciliación familiar y laboral (licencias extendidas y remuneradas por maternidad y paternidad, horarios de trabajo flexibles, reducción de jornada laboral para padres, guarderías gratuitas o a

bajo costo) y también comunicaciones sobre las ventajas la vida y el bienestar de tener una familia. En este sentido cabe mencionar que los estudios sobre felicidad y satisfacción con la vida concuerdan con que el factor más importante para alcanzar ese objetivo es la calidad de las relaciones sociales, fundamentalmente los familiares y los amigos.

La baja natalidad es un fenómeno complejo que responde a razones económicas y sociales y fuertemente a cambios culturales. Reflejan un cambio profundo en los valores, especialmente entre los jóvenes.

El envejecimiento poblacional y la baja natalidad plantean desafíos para la sostenibilidad de los sistemas de salud, educación y pensiones y obliga a repensar el futuro. La emigración de talento es otro problema que resolver en el país.

Estos cambios demográficos exigen una buena planificación y requerirán la implementación de políticas creativas e innovadoras que resulten efectivas para garantizar la calidad de vida de los ciudadanos en las próximas décadas.